II Domingo de Cuaresma, Ciclo A

CONTENIDO, MÁS QUE ESPECTÁCULO

Padre Pedrojosé Ynaraja

1.- Le he puesto este título al artículo por lo que este momento de la vida de Jesús, este episodio misterioso de su tiempo histórico, ha representado para mí y supongo debe suponer para los demás. Os confieso, mis queridos jóvenes lectores, que me costó mucho entender su valor. Recuerdo que poco después de llegar a Tierra Santa, en mi primera estancia en Jerusalén coincidió con la fiesta de la Transfiguración, observé la procesión y me preguntaba ¿a qué tanto cortejo y gozo? Más tarde visité el monte Tabor y mi interrogación era semejante ¿para qué me sirve a mí este espectáculo?

2.- Antes de confiaros mis posteriores reflexiones, permitidme que os sitúe la escena. Aunque explícitamente no se diga, una montaña alta e insigne por aquellas tierras, no existe otra que no sea el Tabor. Las demás que uno pueda divisar, están lejanas. Además la tradición ha conservado la memoria, situando el hecho en esta. Y en el Medio Oriente, lo digo y repito: una tradición es tan segura como un acta notarial. Se trata de un monte alargado, situado en medio de la gran llanura de Jezreel o de Esdrelón. Vista de lejos y paseándose por su cima, el paraje, con su bosque y sus ocultas ermitas, tiene gracia. Desde la cumbre y mirando en su entorno, repasa uno muchos pasajes del Antiguo Testamento y también del Nuevo. Económicamente, la gran extensión de Galilea, era, y tal vez continúa siendo, el granero de Israel. Siempre he pensado lo encantador que fuera subirla a pie, como lo haría el Maestro, pero nunca he tenido oportunidad de hacerlo. La carretera que se empina hasta el lomo donde se levanta la basílica que visitamos, lo logra mediante innumerables curvas no aptas para autocares, pero sí para pequeños vehículos. Como la he subido más de una vez, conduciendo yo mismo, con cambio automático y manual, os aclaro que casi todo el trayecto lo hace uno metiendo exclusivamente la segunda marcha. La gran basílica que se levanta el final de la recta que recorre de oeste a este la cresta, es obra del arquitecto Antonio Barluzzi, que, como otras suyas de estas tierras, no es ni chicha ni limoná. Pretende recordar las tres tiendas que proponía Pedro levantar, una para el Señor, otra para Elías y otra para Moisés. Su interior es muestra de grandiosidad, al atardecer el sol penetra por la puerta y se proyecta sobre el rico mosaico dorado, que a su vez lo hace sobre el altar. En cierta ocasión que celebraba misa en una tal circunstancia, quienes conmigo estaban, me decían que parecía transfigurado. Pero el relato evangélico no es aparatoso.

3.- Seguramente que el hecho ocurrió durante los días de sukot, aquellos en que el buen israelita, recuerda su marcha por el desierto y vive fuera de su domicilio urbano. Levantan todos tiendas o cabañas y se guarecen en ellas. Ahora bien, se ve que parte de nuestros protagonistas, los responsables de la labor, no lo hicieron.

Lamentable error que carcomía el corazón de Pedro, de aquí que a un tal olvido se deba su primera ocurrencia. Duermen al raso. Yo no sé si muchos de vosotros, mis queridos jóvenes lectores, habéis hecho vivac alguna vez. Pasar una noche así es precioso, el único inconveniente es que la aurora te despierta muy temprano. En este caso no fue el amanecer el que interrumpió su sueño.

4.- El relato de la lectura del evangelio de la misa de este domingo, a mí me enseña y urge tres cosas. Evidentemente que lo fundamental son las palabras del Padre: este es mi Hijo mimado, escuchadle. No dice oídle, que en plena noche y en descampado, se oyen muchas cosas: aves nocturnas, chirriar de cigarras, maullar y ladrar, gatos y perros, hasta algún gallo se oye, pero a ninguno de estos sonidos les hacemos caso. Al Señor hay que escucharle. Más que a los conjuntos musicales, más que a los políticos, más que a los que nos insinúan proyectos emprendedores. ¿Le hacemos caso? ¿O "no tenemos tiempo"?. La pregunta es fundamental. Contestar afirmativamente modelará nuestra vida, como Dios configuró aquella arcilla que le quedaba después de acabar la Creación y gracias a esta cuidadosa labor se hizo un hombre.

5.- La segunda cuestión, la que esta temporada me ilusiona y conforta, es el hecho de que aparezcan tres cuerpos transfigurados. Muere una persona y se la entierra o se la incinera. De una u otra manera, se pretende honrar a la persona amada. Pero sabemos que el cuerpo pierde sus formas, se transforma hasta casi desaparecer. No es momento este de que os confíe mis interrogantes al respecto. Tan seguro estoy de que un cadáver se desmorona, como de que el ser humano resucita. ¿Cómo ocurre? ¿En qué consiste? San Pablo dice: se siembra un cuerpo natural, resucita un cuerpo espiritual. Pues si hay un cuerpo natural, hay también un cuerpo espiritual (I Cor 15,44). El misterio que se explica en el texto de Mateo debe ser una manifestación visible para los tres discípulos, del cuerpo espiritual. De mi cuerpo físico tengo fotografías y hasta de su interior me han hecho alguna radiografía. Del cuerpo espiritual, el que un día se hará sensible, nada sé, solo que existe. Y es suficiente para vivir en Esperanza.

6.- La tercera consideración es de tono menor, pero no faltada de autenticidad. El Maestro tiene amigos. Con ellos marcha a la montaña, sube y baja. Reflexiona, les enseña y les habla algo veladamente de sus temores. (me gusta cuando paseo por la cima, fijarme en la pequeña iglesita que hay a lado del camino y que solo una vez he visto abierta, recordando aquella confidencia: no contéis a nadie la visión, hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos). Sería inimaginable pensar que las palabras del Padre Eterno, y el encargo que les da Jesús a sus amigos, se hubieran trasmitido por wasap.